

RENOVATIO IMPERII - PARTE II

ÁGUILAS — EN — ÁFRICA



SERGIO ALEJO GÓMEZ

El sueño del emperador Justiniano I: recuperar los territorios que antaño pertenecieron a la Roma occidental. Un hombre capaz de hacerlo: Flavio Belisario.

Tras haber reencontrado el amor, Vitelio regresa a su mundo: la guerra. En esta nueva aventura, acompañará a su *magister militum* Flavio Belisario por los campos de batalla de Oriente y de África. Tendrá tiempo para saborear las mieles de la fortuna, así como para ser tocado por la deshonra.

Pero no todo serán batallas. Entre medio de ellas, se verá envuelto en uno de los episodios más sangrientos del reinado de Justiniano I, una crisis que casi le cuesta el trono y que se resolverá de una forma inesperada.

Con un Imperio en relativa calma, Vitelio emprenderá un viaje que le llevará a los confines de este para participar en la campaña para recuperar África. Allí se encontrará con algún fantasma de su pasado.

En esta segunda entrega de la saga *Renovatio Imperii*, seguirás disfrutando de una historia de acción e intriga, en la que además de los ya conocidos personajes, emergerán otros nuevos tan influyentes como la propia Teodora, esposa de Justiniano I, o el ambicioso eunuco Narsés.

DEDICATORIA

Esta novela está dedicada a todos aquellos que sienten pasión por la historia de Roma, y en especial por esa antigüedad tardía que en ocasiones da la sensación que es la gran olvidada. Es por lo tanto toda vuestra, así que deseo que disfrutéis leyéndola tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar unas líneas de agradecimiento a todos los que han contribuido para que esta obra vea la luz y esté al alcance de todos los lectores.

Pero vayamos por partes. En primer lugar y como siempre hago, quiero darle las gracias a la persona más especial de mi vida y que ocupa una posición privilegiada e irremplazable en mi corazón, mi mujer Laia. Aunque no haya participado en la redacción de la obra directamente, sí que lo ha hecho desde la sombra, y es que ha sido mi asesora en momentos de poca inspiración y sus ideas me han aportado luz. Sin ella, nada de esto podría ser posible. Gracias «ninín» por tu paciencia, por tu apoyo, por tu consejo, y por estar siempre a mi lado.

En segundo lugar quiero darles las gracias al lector cero que se ha encargado de la ardua tarea de leer el primer borrador de la novela y que me ha ayudado a corregir esos pequeños errores que han servido para mejorar la obra. Gracias al bibliotecario mayor Mikel Carramiñana por las horas que le ha dedicado a la lectura y a la corrección minuciosa y detallada. Imagino que eso implicará que este año tampoco habrá subida de sueldo.

Cómo no, agradecer de nuevo a mis amigos recreadores de la Legio XI C. P. F. Hispania, la cesión de la fotografía que consta en la portada de esta segunda parte de la novela.

Finalmente agradecerles a los incombustibles Ander y Almudena, el gran esfuerzo que han hecho al releer de

nuevo la novela, hacer varios informes de erratas y sobre todo por haberse encargado de la maquetación de la versión digital. Es un lujo para mí poder contar con tanta gente a mi alrededor dispuesta a echarme una mano en este proyecto, y es por eso que *Águilas en África* tiene un pedacito de todos vosotros.

¡Qué los dioses os sean propicios y que os den una larga y plácida vida!

Sin más, os dejo con la novela, que es lo que más os interesa a vosotros, lectores. Disfrutad de ella.

LIBRO PRIMERO

PREÁMBULO

Tricamerum, a 24 kilómetros de Cartago, 15 de diciembre de 533

Allí estaba. A lomos de su corcel, cabalgando en dirección a una turba de enemigos que le esperaban para darle una cálida bienvenida. Esos bárbaros estaban combatiendo por su reino, en cambio, ellos, los romanos, estaban en una tierra que no era suya, tratando de arrebatársela a sus legítimos dueños. Él no era muy ducho en historia, y apenas sabía los motivos por los cuales el emperador había ordenado que se debía conquistar aquella inhóspita y desértica tierra que antaño había sido una provincia del Imperio. Aquellos tiempos pertenecían a un pasado glorioso, a un pasado que ahora unos cuantos parecía que querían revivir. Con la cantidad de enemigos que tenían ya en las diferentes fronteras... Y a Justiniano se le había antojado iniciar una nueva guerra contra un enemigo que ni siquiera les había atacado. Al fin se había conseguido firmar una paz con los persas, y en lugar de aprovechar esa relativa calma para afianzar el resto de fronteras, se había iniciado una nueva campaña en una tierra lejana, con un ejército demasiado pequeño para conseguir ningún éxito. Jamás entendería las motivaciones de los que estaban al mando del Imperio.

Lo único que le quedaba claro era que tanto él como sus compañeros del regimiento de *bucellarii* se dirigían hacia una muerte segura. ¿Cómo demonios había optado el general por abandonar la seguridad que ofrecían los muros de Cartago? ¿Por qué buscar un combate en campo abierto cuando el enemigo les superaba en una proporción de

por lo menos tres a uno? Sí, los habitantes de la urbe no estaban demasiado contentos con la actual situación, pero sin duda los romanos se habían portado mejor con ellos que aquellos salvajes vándalos. Cuando unos meses atrás llegaron a los muros de la ciudad tras derrotar a Gelimer en Ad Decimum, les abrieron las puertas sin ofrecer resistencia alguna y les acogieron como libertadores.

Ahora la situación era crítica. La escasez de agua y de víveres había obligado a los altos mandos a tomar una medida quizás más desesperada. Pero pese a esas dificultades que estaban viviendo, no era necesario sacrificar a todo un ejército en una batalla campal que *a priori* ya estaba perdida.

En cualquier caso, ya no había vuelta atrás. La decisión estaba tomada y los oficiales no les habían dado opción alguna. Tampoco es que nadie se quejase, pues todos eran conscientes de a quien le debían lealtad. Estaban allí por él. Les había salvado el pellejo en más de una ocasión, y cuando las cosas se habían complicado, su ingenio y su visión estratégica les habían permitido salir con vida de situaciones tan o más adversas que en la que se hallaban en aquel momento. Aferró con más fuerza la empuñadura de su pesada lanza.

El regimiento de *bucellarii* formaba en el centro de la línea romana, por lo que acarrearía con el peso de la contienda. Alzó la vista al cielo y musitó una corta oración al Señor de los Cielos en la que le rogaba que le permitiese poder ver otro amanecer. La plegaria no fue solo para él, sino también para todos sus camaradas. No se olvidó del resto de tropas que conformaban aquel minúsculo ejército... «Demasiadas almas por las que velar», pensó para sus adentros. Justo entonces vio cómo un águila sobrevolaba la formación romana. «¿Qué significará eso? ¿Un presagio de muerte? ¿O quizás sea todo lo contrario? El águila es el símbolo del blasón imperial», volvió a pensar. Justo enton-

ces se giró para observar a su compañero que formaba a la derecha.

«Maldito Claudio. Siempre con esa sonrisa en su cara, incluso cuando las cosas nos son tan desfavorables». No comprendía cómo podía estar contento en un momento como ese. El veterano le guiñó un ojo mientras le gritaba:

—¡Nos vemos en el infierno, Paulino!

Tras esa frase, el veterano soldado volvió la vista al frente. De repente se escuchó un grito potente que provenía de primera línea:

—¡Por la gloria de Roma y por el emperador!

Al instante, tanto él como centenares de gargantas que estaban a su alrededor respondieron al unísono:

—¡Por Roma y por el emperador!

Tras ello, otra orden:

—¡Descarga!

Por encima de su cabeza emergieron centenares de flechas que se dirigieron hacia las filas enemigas, que ya estaban mucho más cerca. Esa era la manera de anunciar a aquellos bárbaros que debían someterse a la voluntad de Roma.

De repente notó cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. No había más tiempo para cavilaciones o dudas. Espoleó a su montura todavía con más intensidad y el animal, a sabiendas incluso de hacia dónde se dirigía, incrementó la velocidad de carrera. Si esa tenía que ser su última carga, no se le ocurría un lugar mejor, ni una compañía más gloriosa para llevarla a cabo...

I

Constantinopla, dos años antes, marzo del año 531

—No llores, Aridai. Volveré muy pronto, ya lo verás, amor mío.

—Pero hemos estado muy poco tiempo juntos, Cayo —dijo la joven sin dejar de abrazarle y besarle por toda la cara.

—Lo sé... —dijo el comandante de los *bucelarii* sonriendo, pues le gustaba sentirse querido por la muchacha.

—¿No puedes pedirle al emperador que te deje quedarte aquí en la ciudad? Después de todo lo que has hecho por él.

—No puedo pedirle más favores de los que ya me ha concedido —respondió él sin dejar de sonreír con ternura ya que comprendía a la perfección lo que su joven y bella esposa le pedía—. Además, el *magister militum per Orientem* me está esperando. Debo hacerme cargo de mi regimiento antes de que nombre a un nuevo comandante. Me he ausentado durante mucho tiempo y no quiero que nadie se quede con mi puesto.

—Si no lo haces por mí, hazlo por tu hijo. Necesita un padre a su lado que le dé cariño —insistió la joven haciendo una mueca lastimosa para intentar dar pena.

—Ya verás cómo regresaré antes de lo que imaginas. La situación está muy tranquila en la frontera, parece ser que el emperador ha iniciado negociaciones de paz con los persas, así que mi presencia allí es puro trámite —dijo el comandante para tranquilizar a Aridai sabiendo que le acababa de decir una cosa que no era cierta.

—No me mientas, Vitelio. Sabes que no lo soporto... — dijo ella dejándole ir y poniendo cara de enfadada.

Nunca se le había dado bien eso de mentir. Aridai tenía razón en eso. Pese a que en alguna ocasión lo había conseguido, como la vez en la que se colaron en el lugar donde tenían retenido a Léntulo, la mayoría de veces le acababan descubriendo. La muchacha parecía tener algún don a la hora de darse cuenta de cuándo no le decía la verdad. Quizás fuese por algún gesto que hacía con su cara o por algún tic que tenía y que él no acertaba a controlar. En cualquier caso, la mujer pareció molestarse con él.

Hacía apenas seis meses que volvían a estar juntos, y obviamente a él tampoco le gustaba la idea de tener que regresar a la frontera oriental y separarse así de la mujer a la que amaba y del hijo que había tenido con ella. Pero las obligaciones y las responsabilidades de su cargo así lo exigían. En una primera carta, Belisario le había dicho que se mantuviera en la capital hasta que el tribuno Léntulo se hubiese recuperado de las heridas. Le confirmaba que la situación se había estancado tras la victoria conseguida cerca de Dara y que por el momento los sasánidas parecían no querer avanzar, por lo que se mantenían en sus posiciones sin apenas molestarles.

Así pues, los hombres que le habían acompañado hasta la capital habían sido integrados temporalmente en el cuerpo de la guardia imperial, bajo las órdenes del *comes excubitores* Severo, el primo del emperador, el mismo que había capturado a Ovidio tras su huida la noche del rescate. De esa manera no perdían la forma y podían seguir entrenando y preparándose para cuando tuvieran que regresar al frente y reincorporarse a su unidad. Era tan solo cuestión de tiempo que Léntulo mejorase, por lo que se verían forzados a reemprender el camino de vuelta a Oriente.

Se lo había dicho muchas veces a su joven y bella esposa, con la cual se había casado al poco tiempo de recuperarla, para que se hiciera a la idea de cuáles eran sus obli-

gaciones. Contrajo matrimonio con Aridai ya que no quería que, si a él le pasaba algo en la guerra, ella se quedase desamparada y sin nada, sobre todo después de todo el calvario que había tenido que soportar la muchacha durante su cautiverio. Por ello, el mismo emperador movió los hilos necesarios para que el nuevo patriarca de la ciudad, designado en el lugar del corrupto Eufemio, oficiase el acto lo antes posible. Otro favor más de Justiniano... Pese a que Vitelio le dijo que no era necesaria tanta pompa, el acto nupcial tuvo lugar en el propio palacio imperial. Asistieron muchos invitados y todo corrió a cuenta del erario público, así que él no tuvo que poner ni una sola moneda para llevar a cabo el acto.

Aunque eso no era todo. La emperatriz Teodora, siempre sonriente y muy amable con él y con su esposa, todavía no le había pedido que le devolviese el favor, y sinceramente eso le preocupaba más que deberle una ingente cantidad de monedas al mismísimo *imperator*. Sin duda, le seguía intrigando la manera en la que la mujer más poderosa del Imperio se iba a cobrar aquel favor. Y lo que más le preocupaba era qué podía ofrecerle él para estar en paz y dar por zanjada la deuda.

—¿Qué quieres que le diga a Cayo cuando me preguntes por qué no está su padre con él? —recriminó de nuevo la muchacha a su esposo sacándole de sus pensamientos.

—Tan solo debes decirle que su padre siempre estará junto a él. Que velará por sus sueños y que regresará lo antes que pueda para estar a su lado —respondió el comandante arrodillándose en la falda de Aridai.

Ella, con los ojos llorosos, le acarició la cabellera con mucha delicadeza, mientras sorbía la mucosidad de su nariz. Vitelio le enjuagó las lágrimas con los pulgares de sus manos y le dio un cálido beso.

—He dicho que no me pasará nada... Regresaré a tu lado... Te lo juro por mi dios y por el tuyo.

—Lo sé, mi amor. Tan solo es que después de todo lo que nos ha ocurrido... —dijo ella tratando de sonreír.

—Lo sé —dijo el militar sonriéndole de nuevo—. Además, la esposa de Belisario, Antonina, me ha dicho que puedes ir a visitarla todas las veces que gustes, así no estarás sola en esta gran ciudad —dijo el comandante—. Es íntima amiga de la emperatriz. Ellas se encargarán de que no os falte de nada a los dos, puedes estar tranquila.

—Pero apenas las conozco... Pertenecen a otro mundo, Cayo... Yo no soy como ellas, mírame —dijo Aridai un poco agitada mientras le levantaba la cabeza de su regazo y le miraba fijamente a los ojos—. No me siento cómoda con ellas...

—No te menosprecies. Ahora eres la esposa del comandante de los *bucellarii*. Y respecto a la emperatriz y a Antonina, aunque creas lo contrario, ambas son muy buenas mujeres, y sus orígenes son muy humildes, así que comprenderán perfectamente tus miedos —dijo de nuevo—. Además, siempre que necesites algo, y no quieras acudir a ellas, puedes mandar llamar a Severo, el jefe de la guardia del emperador. Él te ayudará en lo que necesites.

—Es un buen hombre ese Severo —dijo ella esbozando una tímida sonrisa.

—Sí que lo es...

—Podrías hablar con él para que te consiguiera un puesto en la guardia imperial. Así no tendrías que marcharte tan lejos a combatir por tu querido Belisario —añadió la mujer.

—El *magister militum* confía en mí, Aridai. Le debo mucho. Pero te prometo que hablaré con Severo a mi regreso de la frontera. Pero ahora debo marchar a Oriente. Belisario me espera allí, y tenemos una guerra que ganar.

Prefirió no decirle nada a su esposa acerca de la oferta que ya le hizo en su momento el propio *comes excubitores* procedente del propio emperador para que formase parte de su guardia personal. Era mejor que no supiera que la ha-

bía rechazado, ya que su lugar no estaba en palacio. Después de su experiencia en la ciudad, sabía que no estaba hecho para ese tipo de vida. Él prefería estar en el campo de batalla, cerca de la primera línea y lejos de las intrigas que rodeaban a un servicio tan cercano a la figura imperial.

—Los romanos siempre estáis pensando en la guerra. Parece que no os guste la paz...

—Para poder estar en paz, en ocasiones es necesario hacer la guerra —le dijo él dándole un beso en la frente.

Se puso en pie y le tendió la mano a ella para que hiciera lo mismo. La llevó hasta una habitación y la hizo sentarse en la cama. Se dirigió a un pequeño arcón que estaba a los pies del lecho y sacó un par de sacos. Se los entregó y le dijo:

—Estas monedas serán más que suficientes para que viváis cómodamente y sin preocupaciones hasta que yo regrese.

La joven cogió las bolsas y las apretó con fuerza entre sus manos:

—Guárdalas a buen recaudo, y si por casualidad las gastases todas, pídele más a Severo. Le dejaré indicaciones para que te las suministre en el caso de que así lo requieras.

—No sé si seré capaz de administrar una casa al estilo romano. Ni siquiera conozco vuestras costumbres —dijo ella.

—Claro que serás capaz, Aridai —apuntó él acariciándole la mejilla—. Siempre estamos a tiempo de comprar algún esclavo o esclava para que te ayude si no te ves con corazón...

—Ya te dije que no quiero oír a hablar de esa palabra...

—Lo siento... No pretendía...

—Ya lo sé, mi amor —dijo ella en un tono más tierno—. Tan solo es que no le deseo esa condición a ningún ser humano.

—Buscaremos a alguien que te ayude durante un tiempo hasta que te hayas adaptado mejor a la ciudad y a este estilo de vida. Obviamente le pagaremos a cambio de sus servicios, si de esa manera te sientes mejor —sugirió él.

—Esa sí que es una buena idea —dijo la mujer sonriendo.

—Esta misma tarde iré a ver a la esposa de Belisario para que me recomiende a alguien de confianza.

—¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto —dijo él.

—Quiero pasar todo el tiempo que pueda junto a ti antes de que te marches.

—Todavía faltan tres días para que embarquemos —dijo él dándole un fuerte abrazo y un beso intenso en los labios.

Había pasado mucho tiempo sin ella. La había besado un millón de veces en sueños, y ahora que la había logrado recuperar, tenía que volver a dejarla. El destino era cruel en ocasiones, pero no tenían más opción que resignarse. Si hubiese sido posible se la habría llevado consigo a Oriente, junto a su hijo Cayo, pero las normas eran muy estrictas en ese aspecto. No se permitía a las mujeres estar en un campamento militar, y mucho menos si este estaba situado en una zona fronteriza en la que existía peligro de combate con el enemigo. Ningún oficial de su rango tenía ese privilegio, él no iba a ser distinto al resto.

Puerto de Teodosio, Constantinopla. Tres días después

La flota de treinta y ocho *dromoi* estaba fondeada en el muelle del puerto militar principal de la capital. El pequeño grupo de *bucellarii* no eran los únicos que se dirigían a Oriente, ya que con ellos viajarían los refuerzos que el emperador había movilizado para proseguir la campaña en la frontera con los persas. Un total de cuatrocientos treinta in-